

DE COMPRAS EN TOULOUSE

James Ellison

Sabine descendió por la escalera mecánica hasta la planta baja, con la cabeza agachada y ocultando su rostro entre los hombros. Las tiendas del Centro Comercial estaban llenas de carteles insistentes sobre las rebajas y Sabine hizo ver que se interesaba por ellos, tratando de aparentar un paso lento, el de cualquier persona que se dispusiera a mirar los escaparates sin un objetivo concreto, pero no dejó de mirar hacia las escaleras mecánicas disimuladamente, observando atentamente a cada persona que descendía por ellas. En cuanto llegó a la esquina del pasillo dio media vuelta y aceleró su paso hacia la puerta giratoria que daba a la calle. Al otro lado de la puerta, como estaba previsto, Fabian la esperaba. Se saludaron con un beso tímido, como el de dos amigos que hubieran quedado a tomar una copa.

- ¡Tenemos que asustarla para que no quiera volver a venir! – exclamó enérgicamente Fabian – tenemos que meterle tanto miedo que nunca quiera volver, que se quede en ese asqueroso pueblo y nos deje tranquilos.
- Te recuerdo – dijo Sabine enfadada – que en ese asqueroso pueblo también vivo yo, y si no te callas, igual no volvemos ninguna de las dos.

Sabine se dio media vuelta y desapareció tras la puerta giratoria del Centro Comercial, mientras Fabian permanecía inmóvil en la calle con la mirada perdida.

Llevaban semanas viéndose a escondidas en el apartamento de Fabian, con la misma estrategia, simple, sencilla. Sabine tomaba el coche cada sábado para hacer las compras en Toulouse, mientras su marido y sus tres empleados se quedaban trabajando en la Agencia

Inmobiliaria. Era lo único que Sabine había pedido a Dominique, su marido, cuando éste le había sugerido la posibilidad de que trabajaran juntos: un día libre para poder irse de compras a la ciudad; y Dominique le había ofrecido el sábado, día en que la agencia se abría apenas unas horas para inventariar el trabajo realizado durante la semana.

Sabine siempre había vivido en París y no quería hacerse a la idea de vivir en un pueblo pequeño. Villeneuve estaba apenas a cuarenta minutos de Toulouse y Dominique, al saber que quedaba libre la Agencia Inmobiliaria del pueblo por el fallecimiento de su director, decidió hacerse cargo del negocio y pensó que, instalándose allí, podrían tener una casa grande, cómoda y bien dispuesta para vivir tranquilamente y allí fueron con la esperanza de Dominique en que Sabine pronto se olvidaría de la capital.

Pero Sabine pronto comprendió que no podría soportar Villeneuve, que no podría soportar las calles desiertas a las seis de la tarde, el aspecto rural de sus habitantes, no podría soportar que apenas en un cuarto de hora se alcanzaran todos sus extremos, le atormentaba la idea de encontrar siempre los mismos rostros, los mismos saludos, se sentía atrincherada entre las paredes de las casas y cada vez que sonaban las campanadas de la iglesia de la única plaza era como si le recordaran que yacía muerta allí.

Y desde que había comenzado a trabajar con Dominique su mirada negativa del pueblo se había incrementado, porque su propia relación se había convertido en una mera rutina, ya que entraban y salían juntos de la Agencia a la misma hora y durante el trabajo escuchaba los mismos comentarios burocráticos de Dominique, los mismos ruidos monótonos y rutinarios de oficina, el golpe seco de la grapadora juntando los formularios, el murmullo de la fotocopidora, el silencio de la pausa del café; todo conspiraba para engullirla en la rutina y Sabine tenía miedo de desvanecerse y difuminarse entre las sombras del pueblo. Sabine se veía a sí misma como una nueva Madame Bovary.

En cambio, los sábados eran suyos. Sabine cogía el coche por la mañana y llegaba a Toulouse rápidamente, se fundía entre los ciudadanos, y entre tantas caras anónimas, desconocidas, la suya era una más. La primera vez que llegó a Toulouse desde Villeneuve comprendió que cada calle tenía su propia arquitectura, su propia alma, todo respiraba vida, la gente se movía rápidamente por las calles, las parejas paseaban sin ser interrogadas por las miradas. Toulouse se podía recorrer durante todo el día y encontrar siempre lugares diferentes. Toulouse estaba viva, respiraba.

Sabine recorría la ciudad por las mañanas y por las tardes se dirigía hacia la Estación de trenes y se sentaba en el Café de la Gare. Nada le gustaba más que sentarse en el Café a observar el ir y venir frenético de las gentes; los nervios, las prisas, los reencuentros y las despedidas, todo evocaba en Sabine la idea de que allí había vida, sentimientos, emociones, nada podía encontrar más diferente a la rutina del pueblo, nada más diferente a su desoladora, desértica y muerta Estación donde las vías habían sido ocultadas casi por hierbas silvestres porque ya no había trenes que pasaran por Villeneuve.

Fue allí mismo, en el Café de la Gare, donde conoció a Fabian. Fabian volvía de hacer un viaje a París y le llamó la atención aquella mujer tan hermosa que desde el Café no dejaba de observar a todo el mundo. No le fue difícil entablar conversación con ella, puesto que en cuanto Sabine supo que Fabian regresaba de la capital, ella quiso enterarse de las noticias de la ciudad, y descubriendo Fabian fácilmente su nostalgia le habló entusiásticamente de las maravillas de París. Aunque el día en que se conocieron se despidieron sin darse cita, Fabián regresó a la Estación el sábado siguiente con el pretexto de reservar unos billetes y aquella vez sí quedaron para volver a verse, puesto que Fabian no sólo era un gran conocedor de la capital, sino que se comprometió a hacerle descubrir a Sabine los lugares más atractivos de Toulouse.

No volvió más Sabine al Café de la Gare sino que cada sábado descubría con Fabian lo que para ella eran lugares sorprendentes, únicos. Desde entonces, las semanas de Villeneuve no eran más que un letargo y una rutina en las que Sabine creía apenas vivir como un espectro o un fantasma más de un pueblo enterrado ya, reservándose toda su fuerza vital para los sábados, que llegaron a convertirse en la única fuente de alegría y en el principal motivo de su existencia.

Desde que Sabine conoció a Fabian decidió que no estaría dispuesta a renunciar a sus encuentros esporádicos y fue volcándose cada vez más en su relación oculta, tratando de esforzarse por pensar que no la mantenía por venganza a Dominique, a quien sí consideraba culpable de haberla apartado de la ciudad.

Fabian trabajaba en un banco y vivía en un apartamento que había alquilado en el centro de la ciudad. Cuando Sabine vio el apartamento por primera vez supo que sus encuentros con él no irían más allá de sus visitas a Toulouse de los sábados. Sabine creía tener un don especial para conocer la psicología de las personas y observando tanto los objetos como el propio movimiento de Fabian entre los espacios del apartamento comprendió rápidamente que Fabian vivía instalado en su propia rutina, que sus semanas eran igual de grises que las de Dominique, que Fabian no comprendía la verdadera esencia de la ciudad, ya que había convertido su vida en ella en una triste y aburrida cotidianidad apenas interrumpida por sus encuentros de los sábados. Las lámparas, los sillones, las mesas, todos los objetos ocupaban su espacio con tristeza y ninguno parecía tener la más mínima personalidad. Era la casa de cualquier empleado de banco, la casa de cualquier oficinista, con los muebles de cualquier hombre gris de mediana edad cuya existencia se desvaneciera sumida en la cotidianidad y la monotonía de un trabajo burocrático que aniquilaba poco a poco las ganas de vivir; Fabián era cualquier Fabián. Sólo los sábados dejaba de ser él, sólo los sábados visitaba aquellas

paredes una mujer, sólo Sabine daba vida los sábados a aquellos objetos y Sabine, al visitar aquel lugar, se veía a sí misma como una enfermera en la habitación de un hospital; pero nunca se convertiría en un paciente más de la misma. Sabine comprendió la importancia de que sus estancias sólo fueran visitas y si alguna vez lograra salir de Villeneuve no sería en aquel hospital donde se instalaría; Sabine sabía que si alguna vez volviera a vivir en la ciudad no se encerraría en un lugar como aquel.

Juliette tenía veintiun años, era rubia, muy hermosa, de bellos ojos azules. Había nacido en Villeneuve y pertenecía a la cuarta generación de una familia que vivía en el pueblo. El sueño de Juliette era abandonar Villeneuve y trabajar en Toulouse, pero todavía no había tenido la oportunidad de hacerlo. A través del ayuntamiento, Juliette consiguió unas prácticas en la Agencia Inmobiliaria de Dominique y, cuando se enteró de que Sabine iba todos los sábados a Toulouse, comenzó a preguntarle por la ciudad y progresivamente a interesarse por sus viajes hasta que llegó a pedirle que la llevara con ella de compras los sábados, puesto que el contrato de Sabine era de prácticas y sólo cubría de lunes a viernes y Juliette soñaba con ir los sábados a Toulouse. Sabine trató discretamente de evitar hacerlo, ya que aquello comprometía gravemente sus encuentros con Fabian, pero Juliette insistió tanto que, para no levantar sospechas, Sabine tuvo que aceptar. Sabine creyó que sería suficiente con llevarla una vez, pero la joven Juliette quedó deslumbrada por la ciudad e insistió mucho para que Sabine la llevara cada sábado. Sabine tenía miedo de hacer algo que pudiera hacer sospechar a Dominique y tampoco encontraba ningún argumento para oponerse.

Durante aquellos nuevos sábados en Toulouse, Sabine y Fabian tuvieron que dejar de verse, porque ella no podía separarse de Juliette sin levantar sospechas. Durante la semana, Juliette contaba en las pausas del café todo lo que habían hecho el sábado anterior en la

ciudad, los lugares que habían visitado, las tiendas que habían recorrido, las compras que habían hecho.

Sabine y Fabian se veían únicamente en encuentros furtivos, apenas unos minutos en los que, a una hora señalada, Sabine llevaba a Juliette a un Centro Comercial y la dejaba con la excusa de hacer otras compras sin separarse mucho de ella y salía a la puerta de la calle, donde él la esperaba. Fue en aquellos pocos minutos que tenían cuando comenzaron a elaborar su plan, un plan que no podían apenas elaborar, pero un plan que veían necesario para poder reencontrarse con sus sábados.

Fabian pensó que debían tratar de asustar a Juliette para que no quisiera volver a Toulouse, esperando que la ciudad que tantas alegrías le daba fuera implacable un sábado con ella y la alejara por completo. El plan era descabellado, ilógico, tan desesperado como la ganas que tenían de recuperar sus encuentros y Fabian estaba dispuesto a todo por recuperarlos, sólo tenía dudas acerca de hasta dónde Sabine estaría dispuesta a llegar.

El plan consistía en que Sabine debía llevar a Juliette hacia un callejón solitario y allí Fabian debía simular un robo y tratar de amenazar a ambas, especialmente a Juliette. Después Sabine tendría que convencer a Juliette de que sería mejor que por un tiempo no volvieran a Toulouse y cuando terminara la joven sus prácticas dejaría de tener contacto con ella para que no le pudiera volver a pedir llevarla a la ciudad y así Sabine podría volver a hacer sus viajes tranquilamente.

El día que decidieron llevar a cabo el plan, Sabine llevó a Juliette por las calles de tiendas por las que acostumbraban pasear y después le sugirió acercarse a una pequeña librería de libros de ocasión que se encontraba en el casco antiguo de la ciudad. Una vez en el casco antiguo, se fueron perdiendo entre callejuelas cada vez más estrechas y solitarias y Fabian,

que estaba oculto tras una esquina, apareció ante ellas con la cabeza cubierta por un pasamontañas y, amenazándolas con un cuchillo, las obligó a entrar en un callejón.

Sabine interpretó a la perfección su papel, sacó su dinero del bolso y le dijo a Juliette que lo hiciera también. Fabian puso el cuchillo en el cuello de Juliette y trató de amenazarla, pero no sabía qué hacer, no veía en Juliette los ojos asustados que esperaba y decidió golpearla, creyendo que así a la joven le daría un ataque de pánico. Juliette comenzó a insultarle y a amenazarle, pensando que encontraría en Sabine apoyo para luchar las dos juntas contra el atracador, pero Sabine no se movía. Fabian y Sabine intercambiaron unas frías miradas y Fabian, creyendo que perdía sus sábados con Sabine, comenzó a golpear violentamente a Juliette hasta que la joven cayó al suelo y perdió el conocimiento.

Se hizo un silencio sepulcral durante el cual Sabine y Fabian no se miraron, hasta que fue Sabine la primera en hablar, exclamando entre lágrimas que su plan había sido una locura, que no hubiera funcionado nunca y que tenían que atender a la joven. Los dos coincidieron en que ni podían dejarla allí ni podían llevarla a un hospital, así que Fabian fue corriendo a por el coche mientras Sabine esperaba escondida su llegada. Aunque inconsciente, Juliette respiraba, pero se había dado un fuerte golpe contra el suelo y su cabeza sangraba abundantemente.

Fabian regresó a los pocos minutos y entre los dos llevaron al coche a Juliette, confiando en que si se cruzaban con algún viandante éste creería que se trataba de alguna caída o de algún incidente sin importancia; afortunadamente, aquellos callejones eran absolutamente solitarios. Sabine pensó que lo mejor sería llevarla al apartamento de Fabian para poder curarla, que eso era lo más importante y que ya pensarían luego lo que podrían contarle, quizá decirle que un desconocido las había encontrado y las había llevado a su casa o quizá que Fabian era un viejo amigo parisino que Sabine tenía en la ciudad.

Una vez allí la colocaron entre los dos sobre la cama y le curaron la herida, que ciertamente era superficial. Sabine no dejaba de pensar en la expresión de inocencia que manifestaba el rostro de Juliette y dijo a Fabian:

- Fabian, tenemos que hacer algo. Cuando se despierte se acabó, no habrá más sábados. Tendremos que decirle la verdad porque cualquier otra historia es inverosímil.

Sabine continuó hablando a Fabian, insistiendo en que ya no se volverían a ver, en que había sido una locura. En cambio, los ojos de Fabian mostraban que él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mantener sus encuentros.

Sabine fue unos minutos al lavabo y cuando volvió, Fabian estaba sentado en el sofá, con la camisa manchada de sangre y un cuchillo de cocina ensangrentado entre las manos. Fabian acababa de matar a Juliette.

Sabine no respondió, no dijo nada, únicamente trató de componer en su mente la imagen de Fabian, quien, en el conjunto del apartamento y alumbrado apenas por la lámpara de la mesita del salón, todavía resultaba a los ojos de Sabine más patético y lamentable. Sabine se acercó a él y le dijo que lo que tenían que hacer era desembarazarse del cuerpo y que después ella contaría a la policía que unos jóvenes habían metido en un coche a la joven y se la habían llevado por la fuerza.

Fabian fue a la cocina y rompió unas bolsas de basura para poder envolver el cadáver. Estaba agachado haciéndolo cuando sintió un golpe fuerte, doloroso y seco en la cabeza y cayó al suelo. Desde el suelo trató de girarse, semiinconsciente, para ver de dónde procedía el golpe y la última imagen que vio antes de perder el conocimiento fue la de Sabine, golpeándole violentamente con la lámpara de la mesita del salón. Le aterró tanto la expresión de Sabine que no quiso volver a abrir los ojos y recibió los golpes hasta que ya no sintió ninguno más.

Sabine gritaba, le gritaba a él, a la cocina, al salón, al apartamento y comenzó a destrozar todo cuanto tenía por delante; quería destruir todos los objetos, los muebles, las paredes, el techo, quería matar todos los objetos enfermos de rutina y de cotidianidad. Todo era culpable, nada de aquel lugar merecía la ciudad, como ninguno de los dos la merecía, ni Juliette ni Fabian, que apenas eran dos objetos más sin personalidad alguna.

Pasados unos minutos, Sabine recobró la calma y se dijo a sí misma que funcionaría su plan, el plan que había ido meditando desde que viera aquel apartamento por primera vez, un plan que la llegada de Juliette le había demostrado que era necesario, claro y justo, un plan que funcionaría porque la ciudad le ayudaría a que funcionara. Cuando Sabine saliera de aquella tumba de la rutina contaría en Villeneuve que Juliette había conocido a Fabian la primera vez que viajaron a Toulouse y que ella no había dicho nada a sus padres porque ellos no comprenderían la relación entre ambos, tal vez por la diferencia de edad. Desde entonces los dos habían estado viéndose a escondidas en aquel alojamiento mientras que Sabine hacía sus compras en Toulouse. Todo se había complicado porque Juliette creía que Fabian la sacaría del pueblo, lo que era motivo de disputas frecuentes entre ambos, hasta que sucedió lo inevitable. El plan tenía que funcionar ya que la propia vida de Fabian y Juliette afirmaría todos los detalles. En el apartamento de Fabian, testimonio de su vida gris y monótona, de la rutina de su trabajo, de la cotidianidad, cada objeto ofrecía la prueba contundente de un hombre sacudido por dramas emocionales, ansiedades, frustraciones... Al fin y al cabo él había matado a Juliette. Y Juliette tenía todos los motivos para matar a Fabian, porque Juliette quería salir del pueblo, donde no tenía ninguna esperanza, y Fabian le había dado falsas esperanzas, le había dicho que se casaría con ella. Sabine sólo tenía que disponer a los dos actores para que interpretaran su papel. Sabine no se sentía responsable de nada, se decía que de no haber sido ella quien acudiera a Toulouse todo aquello hubiera pasado realmente, que era cuestión de tiempo que cualquier Juliette acabara conociendo a cualquier Fabian y

que todo siguiera su rumbo lógico; ella no había sido más que el testigo de unos acontecimientos y sabía que era algo que quería Toulouse, acabar con dos personas que no merecían la ciudad, que no sabían interpretarla, que no sabían vivirla. Sabine no perdería Toulouse porque comprendía la ciudad y Toulouse le ayudaría a acallar cualquier sospecha, impediría que nadie dudara de su historia, haría desaparecer cualquier indicio que ella hubiera podido olvidar. Ella volvería a tener sus sábados hasta que por fin consiguiera todos los días; Toulouse le prepararía su bienvenida a la ciudad, la acogería por fin y ella ayudaría a Toulouse a desembarazarse de aquellos que no la merecieran.